

El dulce arte de no avanzar

Alfredo Acle Tomasini©

Hace poco, el Grupo Huatusco se reunió para continuar debatiendo sobre una cuestión fundamental que, el paso del tiempo y la cosecha continuada de magros resultados económicos, sigue manteniendo vigente ¿por qué no crecemos? Cuando escuché un resumen de las reflexiones que hizo dicho grupo pensé que, más allá de los argumentos vinculados a las políticas públicas, en cuanto a favorecer o inhibir el crecimiento del país, quizá valdría plantearnos una pregunta todavía más fundamental ¿Queremos todos avanzar?

Proponer dicha pregunta puede parecer ridículo por la aparente obviedad de la respuesta. Sin embargo, aun cuando una porción mayoritaria de la población se inclinaría porque así fuera, parecería que nuestra cultura política – expresada en los dichos y hechos de muchos de nuestros políticos – apunta en la dirección contraria, o, al menos, la supedita a sus propios intereses.

Ciertamente, la Reforma Energética contiene muchos elementos que pueden mejorarse. La riqueza de las opiniones expresadas en el patio del Senado, dejan claro que el concurso de talentos y la variedad de perspectivas es enriquecedora. Y por ello, parece un desperdicio que toda esta vitalidad y experiencia, se esté usando para discutir una reforma cuyo alcance y contenido no estuvo determinado por la conveniencia del país, sino por la posibilidad de lograr que, al menos en su versión diluida, fuera aprobada.

Y esto no significa que estemos abogando por la venta de Pemex. Por el contrario, nuestro reto está en imaginar alternativas que, apalancados en la fuerza que nos da la propiedad del petróleo, nos permitan utilizar para el bien de la nación, opciones financieras y productivas que están presentes en el mundo moderno, y de las cuales han echado mano otras empresas petroleras nacionales sin dejar de serlo y, sobretodo, sin regalar nada..

Si queremos deprimirnos de lo mucho que hemos desperdiciado, basta recordar como durante los años setenta, en las agendas binacionales entre Brasil y México estaba presente la solicitud de nuestro apoyo para Petrobras; mientras que en los primeros encuentros diplomáticos con la España post-franquista, se invitaba a Pemex para fuera accionista de una empresa refinadora – Petronor – establecida en el norte de su territorio.

Hoy, los papeles se han invertido, le pedimos apoyo a Petrobras, mientras que la española Repsol, que por obvias razones no posee una gota de petróleo en su suelo, si en cambio compite en el mercado de América Latina, y desde luego está interesada en invertir en el país.

Repasar las razones que nos han colocado en lugares secundarios, requiere mucho más que este breve espacio, sin embargo, la más evidente es que no supimos imaginar un futuro, planearlo con altura y amplitud de miras, y discutirlo con una mente abierta y libre de la castración que significan los dogmas.

Si esto es lo que podemos aprender del pasado, por qué no reparar nuestros errores, e iniciar el camino de nuevo. Lo hicieron otros, y lo hemos hechos nosotros. Nuestro andar no siempre ha marchado hacia delante; hemos retrocedido, rectificado y vuelto a avanzar.

Pero cómo hacerlo ahora cuando en nuestro incipiente desarrollo político la mezquindad es norma y el talento una excepción. Si bien para muchos el debate ha resultado en un ejercicio positivo; otros vieron en él sólo la posibilidad de dilación, y por ello ya asoma un nuevo escollo: la consulta pública, a la que seguramente seguirán marchas y plantones para que se respete “la voluntad popular”.

Los textos enviados al Congreso suman más de cien páginas; contienen un amplio bagaje de términos técnicos que sólo están al alcance de muy pocos y; además, en ellos se citan más de una docena de leyes. ¿En un país donde el hábito de la lectura es mínimo puede una reforma de naturaleza compleja ser motivo de consulta?

Curiosamente, los mismos que hoy se arropan en el amor a la patria y la democracia, no hicieron lo mismo con temas más sencillos de entender y, probablemente, más inmediatos al ciudadano, como fueron el aborto y la unión entre homosexuales, y, ahora, la eutanasia. ¿Dónde está la congruencia?

¡Claro que la hay! Todo se resume a lo que conviene al prócer en turno, que no al país. A los ciudadanos hay que tratarles como adultos letrados en materia petrolera, si eso impide que el enemigo avance; y si para ponerse por delante de éste es menester retirarles la mayoría de edad, pues hacerlo también. Por ello son amos en el dulce arte de no avanzar.